

Un gato blanco, melencólico, de ojos azules

Escribe: JOSE PUBEN

Farsa en un acto (tres escenas) desarrollada
en un ambiente de principios de siglo.

PERSONAJES:

ALBERTO — Hombre de unos 35 años, delgado y alto, de bigote abundante. Soltero, con apartamento adecuadamente organizado.

CARLOS — Muchacho de 24 años, soltero y sin apartamento independiente, de muy buena presencia, ágil y resuelto en su actitud.

LUISA — Amiga de Carlos, de unos 20 años de edad. Elegante, alta, delgada. Revela una gran timidez, ingenuidad y delicadeza en sus gestos.

OLGA — Amante de Alberto. 30 años. Mujer que revela experiencia. Elegante en el porte. Definida y resuelta en su manera de ser. Arropada con un abrigo de piel.

BUDA — Portera del edificio. Anodina y tonta. Una especie de monstruo o enano gris.

Instrucciones y sugerencias para integrar la escenografía y el ambiente de esta obra. No es necesario que estas instrucciones se sigan al pie de la letra, pues cada director tiene sus ideas propias; pero de todas maneras facilitan el montaje de la misma.

La escena se presenta simultáneamente dividida en dos partes: Trata de recrear, ante el público, los dos cuartos de un apartamento. La acción transcurre, a lo largo de toda la obra, en uno u otro cuarto o en ambos simultáneamente. Es el mismo decorado para las tres escenas. Un apartamento con muebles y lámparas con el estilo de la época del *art-nouveau*.

El cuarto de la derecha es la sala de recibo. Quizá, este es más amplio que el otro. Los muebles, los cuadros y las lámparas tienen gran importancia ambiental. Se recomienda colocar una gran copia de un dibujo de Aubrey Beardaley; a lo mejor, una de sus célebres damas de abultado velo y encaje. Además, en un rincón de la sala, debe instalarse una vieja ortofónica con su gran corneta ("la voz del amo") que debe difundir música de jazz, preferiblemente de Joe Oliver o de Ma Rainey en sus primeras grabaciones. También se hace necesario colocar una mesita estilo imperio, a manera de escritorio, y un reloj big-ben. Sobre el escritorio o sobre la mesa que sirve de centro en la sala, sugiero colocar un florero Gallé con una media docena de plumas de pavo real simulando flores.

Entre uno y otro cuarto una puerta o, preferiblemente, una cortina pesada, oscura, vino-tinto, con grandes borlas, que sea necesario abrir ayudado con un amplio movimiento de manos.

El segundo cuarto es el dormitorio: Una lamparita de flecos, con luz mortecina, establece la media luz necesaria para este cuarto. Es preferible que los personajes (en esta parte del escenario) se muevan y dialoguen entre sombras. La cama, llena de almohadones, se ha de preferir de bronce y lo más barroca posible en su estructura.

Por otra parte, la atmósfera de 1900 a 1915 debe completarse con trajes de calle muy simples, pero de la época. Por ejemplo, el dueño de casa, Alberto, le conviene lucir un traje negro de rayas, elegante y ceñido a su cuerpo. Además, debe usar bastón con mango de plata y sombrero cannotier blanco con una cinta negra y gruesa. ¡Todo un señorito de la época! Olga, por su parte, aparece en escena con un abrigo de piel blanca. Y así por el estilo los otros personajes.

Buda, la portera, luce un traje gris, totalmente absurdo y harapiento que contrasta notablemente con el ambiente de la obra. Sería preferible una actriz enana y grotesca.

PRIMERA ESCENA

Se escucha una pieza de jazz muy alegre, a pesar de la media-luz que baña los dos cuartos. Alberto, el dueño del apartamento, se alista para salir. Mira coquetamente el nudo de su corbata, ante un espejo ovalado de marco dorado. Y parece silbar suavemente mientras acomoda algunos detalles del dormitorio. Cruza hacia la sala, apaga la ortofónica y regresa al dormitorio en busca del bastón y del sombrero cannotier. Al final, bajo el silencio de la escena, se escucha claramente que silba con alegría; pero los silbidos son interrumpidos por alguien que llama a la puerta con dos golpes más bien fuertes.

Alberto se silencia, espera... Vuelven a golpear, tras breve pausa. En prevención prepara su salida, pese al visitante. Y avanza hacia el rincón derecho de la sala, hacia la puerta del apartamento. La abre.

Carlos (ligeramente agitado)—¡Alberto! ¡Alberto! Te andaba buscando. Tengo urgencia de que me hagas un favor. Veo que sales... ¡Tenía miedo de no encontrarte! Solo tengo un cuarto de hora para cumplirle la cita a ella. ¡Venía a que me prestaras el apartamento! ¡Ríete del pimpollo que tengo! ¡Es algo maravilloso! La estoy conquistando desde hace tres días. Hoy convino que nos encontráramos a solas... Pero... ¿Qué te pasa?... ¡Solo un momento!...

Alberto (en forma muy rotunda)—¡Imposible! No puedo. ¡Es imposible!

Carlos—No puedes negarte. Acuérdate de las que te he presentado. ¡Por todos los santos, no puedes negarte! Ella no quiere ir a un hotel. Dice que todos se dan cuenta. Además, solo vendría a un lugar como este. (Se agita, se toca la cabeza con gesto desesperado, tiende a implorar con la mirada). Si yo tuviera un apartamento como este, jamás te negaría un favor... ¡Nunca te lo negaría!

Alberto (en forma tranquila y calculada)—En primer lugar, como lo vez..., ¡voy a salir! En segundo lu...

Carlos (interrumpiendo)—¡Mejor! ¡Mucho mejor! Así no te molestaría. Te juro que no vamos a ensuciar nada. Todo lo encontrarás tal como está.

Alberto—Mira, mira... ¡No es por eso! Escúchame. Déjame terminar. En primer lugar me dispongo a salir. (Hace un gesto de silencio para que Carlos no hable). En segundo lugar, también iba a una cita de amor y estoy seguro que, antes de una hora, ella y yo estaremos aquí. Necesitamos encontrarnos solos y todo el resto de la tarde. No puedo dejarla, así porque sí. (Hace un gesto de impaciencia). Tu puedes ir a un hotel, basta con que insistas. Y si no tienes plata para pagarlo, te presto. ¡Pero me la devuelves! Toma cincuenta. (Alberto saca billetes del bolsillo del pantalón. Carlos se niega a recibirlos. Hace un gesto, como de quien no necesita dinero; como expresando "ese no es el problema").

Carlos (con gesto triste y desalentado)—¡Pero si ella no quiere ir a ningún hotel! Es una señorita bien, muy bien... ¡Demasiado bien! Ella tendrá miedo hasta de venir aquí; pero creo que es el único sitio que le convendría y el apropiado para ella...

Alberto (en tono sarcástico)—¿Y por qué no la llevas a un potrero?

Carlos (un poco molesto)—¡No jodás! No es de noche. ¡Aún no es de noche! Además, ¡ella no sale de noche! (Esta última frase la grita; pero después, arrepentido, repite la palabra “noche” varias veces, entre murmullos incomprensibles, con la cabeza inclinada ante Alberto por la frase que acaba de gritarle).

Alberto (entre vacilaciones, y sonriendo)—No es necesario que grites. Bueno... Bueno... Te lo decía por molestar. Tu sabes muy bien que ese tipo de señoritas solo van a los potreros. En los potreros no hay vecinas ni porteras que critiquen. Tu lo sabes... En los potreros... ¡Claro está que aún es de día! Pero aún de día es posible... (Se establece un silencio indefinible. Carlos inicia un diálogo de tono suplicante y entrecortado).

Carlos—Pero Alberto... No me digas que... (interrumpe). ¡Está bien! (Lo dice con tono de exclamación impotente, casi resuelto a irse. Sin embargo, se detiene, vacila, vuelve a repetir su pedido). ¿Por qué no me lo prestas solo por un ratico? Te prometo... te juro que nunca volveré a molestarte con estas cosas. Yo tengo con media hora. ¿Te lo imaginas? ¡En media hora yo puedo hacer todo! En media hora...

Alberto (interrumpiendo con risas)—¿En media hora? ¡Dios Santo! ¿En media hora? ¡Imposible! ¿Y el corsé?

Carlos—¡Qué cuentos de corsé! Te juro que con 30 o 35 minutos tendría. Dijiste, hace un momento, que salías por una hora. Si me permites, es tiempo suficiente. Te doy mi palabra de caballero que todo quedará tal como está.

Alberto (con sorna)—Si todo va a quedar tal como está, entonces no va a ocurrir nada... ¡No puedo creerlo!

Carlos—¡Tú entiendes! No molestes tanto... Por lo que más quieras, ¡préstame el apartamento!

Alberto (de mala gana, como apurándolo, indicándole cortésmente la salida del apartamento)—Bueno... Bueno... ¡Está bien! Te lo presto, solo por un momento. (Mirando el reloj). Por el resto de hora... ¡Son las tres y cinco! A las cuatro en punto llego con mi amante. Espero que todo se encuentre tal co-

mo está. Además, que tú no estés. Te dejo las llaves con Buda, la portera. Le diré cómo eres. Le daré tus señas... (pronuncia en forma ridícula y grotesca). "Un muchacho flaco, de unos 24 años, bien presentado, con una muchacha... ¿gorda?... ¿alta?... ¿flaca?... ¿Vestida de verde?... ¿de azul?". Dímelo. (Carlos se lo dice al oído. Y Alberto agrega): No te doy las llaves inmediatamente, porque me demoro todavía un breve momento en el apartamento. Pero quiero estar solo; aunque sea brevemente. No olvides, te repito, *regreso en una hora*. ¡A las cuatro en punto! ¡Que todo lo encuentre tal como lo dejé!

Carlos (desde la puerta, alejado por Alberto que habla con prisa y demostrando afán. Carlos pregunta suplicante...): ¿Pero, no me dejarás metido? ¡Vengo con ella al momento! Tenemos cita muy cerca. Regreso en 10 o 15 minutos.

Alberto (solo, en la sala, después de cerrar la puerta con un gesto de disgusto, grita para que lo escuche Carlos)—¡No te preocupes! ¡Soy un caballero y cumplo mi palabra! Dentro de 10 minutos le puedes reclamar las llaves a la portera. ¡Que todo lo encuentre tal como lo dejé! (Al decir esto, avanza hacia el dormitorio: hace un gesto de impaciencia, como quien no quiere saber nada de nada).

(Todo queda en silencio. Alberto con gesto preocupado y molesto, se sienta en la cama. Mira el suelo, piensa. Se levanta apresurado, incómodo. Parece indeciso, arrepentido de la oferta hecha a Carlos. Se dirige a la sala. Se dispone a salir... Pero, de pronto, se detiene casi en la puerta. Se le acaba de ocurrir una idea. Quizá una buena idea para espantar definitivamente a Carlos y a sus amantes. Regresa al dormitorio. Casi al momento, vuelve a la sala. Se sienta en el escritorio. Se levanta para encender la ortofónica. (Vuelve a repetirse el mismo disco tocado al principio de esta misma escena). Se sienta cómodamente ante su escritorio. Busca en un cajón una gran hoja de papel blanco. Y escribe sobre ella, con grandes letras, un texto muy breve. Se levanta. Lee el texto a la luz de la lámpara de flecos. Se ríe solo, celebrando lo que ha escrito en la hoja. Cruza hacia el dormitorio y coloca el papel con la leyenda sobre la cama, sostenido levemente con un almohadón, el de color más vivo entre los que adornan el cuarto. Regresa a la sala y apaga la ortofónica. Se sacude las manos satisfecho, las roza una con otra. Se ríe, imaginando el rostro de Carlos y el de su amiga al dar lectura al escrito. Apaga la luz del dormitorio. Se coloca

el sombrero cannotier. Apaga las otras luces, mientras agita en el aire su bastón de mango de plata con gesto de radiante felicidad. ¡Abandona el apartamento silbando!).

Oscuro.

SEGUNDA ESCENA

Se escuchan ruidos de gentes apresuradas que tratan de abrir la puerta. Lo hacen con dificultad. Y al fin penetran ruidosamente en el salón a oscuras.

Luisa—¡Qué oscuridad, Dios mío! Este es el peor rincón del mundo. ¿No te lo decía? ¡Vámonos, Carlos, me da miedo...! (Carlos, a la luz de un fósforo, busca la lámpara de flecos para encenderla).

Carlos—¡No! ¡No! ¡Cómo se te ocurre! Trabajo que me costó convencer a mi amigo. (Carlos está agachado tratando de encender la lámpara). Todavía tenemos tiempo de sobra... ¿No es verdad, querida? ¡Confía en mí! Mientras te acompañe, nada tienes que temer.

Luisa—Pero no... (Se interrumpe al encenderse la luz. Mira sorprendida los muebles. Parece que no le disgustan del todo).

Carlos—¿Te gusta, reina? ¿No es verdad que te gusta? (lo dice mostrando el ambiente). ¡Cuánto me alegro de tenerte aquí! (Y diciendo esto, se sienta en el sofá de la sala).

(De pronto ella, con gesto tímido e imponiendo silencio, dice, entre señas, escuchar un ruido. Ambos ponen atención; pero todo está en perfecto silencio. Carlos, aprovechando esto, se pone de pie y quiere besarla; pero ella se niega, al menos por el momento).

Luisa—¡No! ¡Todavía no! Primero quiero mirar el apartamento. (Se levanta y se asoma tímidamente al dormitorio. La cabeza parece guillotizada por la cortina. El dormitorio está a oscuras).

Luisa—¡Qué horror! ¡Es la oscuridad completa! (Carlos la toma de la cintura y la atrae hacia sí. Ella lo rechaza coquetamente. Y se sienta en el sofá).

Carlos—No perdamos tanto tiempo, amorcito. Solo tenemos media hora para estar solos. Le prometí a Alberto no estar aquí a las cuatro. Luego... ¿No escuchaste lo que me dijo la portera? (Imitándola, con voz gruesa y tonta). “*El señor regresa a las cuatro. ¡Me dijo que se lo recordara!*”.

Luisa (ríe; pero al momento replica muy seria)—No me gustan nada las tales porteras. Se meten en lo que no les importa. Tenía miedo: ¡mucho miedo de que me mirase demasiado!

Carlos—A ella no le importa. ¡Yo le dí una buena propina!

Luisa—Pero...

Carlos—¡No, amorcito! Ya te dije que no tiene importancia. No tienes por qué tenerle miedo. Lo importante, en el momento, es que ganemos tiempo. Ya sabes que solo tenemos derecho a permanecer media hora. ¡Voy a encender la luz del dormitorio! (Carlos se dirige al dormitorio. Luisa lo sigue. Se asoma tímidamente entre las cortinas. Carlos, auxiliado por el resplandor de un fósforo, se agacha y logra encender la luz de una lámpara que, a su pesar, continúa dejando el recinto a media luz. Luisa, desde su mirador de decapitada, descubre el papel sobre la cama. Al momento pregunta, señalándolo: “¿Qué es eso?”. Carlos toma el papel y lo lee. Con un gesto de desagrado se lo pasa a Luisa. Luisa, después de leer el texto, pregunta sorprendida: “¿Cuál gato?”. Carlos no responde. Indica con un movimiento de hombros que no conoce el tal gato y que no le concede ninguna importancia a ello.

Luisa (regresa a la sala. En ella lee en voz alta, como quien sentencia o regaña a Carlos, el texto escrito en la hoja:

Espero, querido Carlos, que todo lo encuentre tal como lo dejé. Así me lo has prometido. Regreso a las cuatro en punto. No olvides, al cerrar la puerta del apartamento, cuidar de que el gato no se salga. Es muy tímido y podría perderse. No falta quien desee tener un gato blanco, melonado, de ojos azules. Olvidé prevenirte oportunamente sobre esto.

¡Que disfrutes!

Alberto.

Luisa—Es importante encontrar el gato. ¡Mientras no lo encontremos no haremos el amor!

Carlos—Pero... (No fue capaz de terminar la frase. Se sentó desalentado en el sofá; pero al momento se agachó mirando debajo de éste mientras llamaba al gato con una acentuada expresión que hacía sonar con su lengua: "Michito, Michito, Michito...").

(Luisa y Carlos buscan el gato por todos los rincones del salón. Otro tanto hacen en el dormitorio. Carlos, a medida que busca, maldice y refunfuña. Se muestra impaciente con la situación. Luisa, por su parte, solo parece temerosa con la demora).

Carlos—¡Esto es imposible! Así no llegamos a ninguna parte. (En tono furioso y levantándose del suelo donde está arrodillado): ¡Qué cuentos de gato ni qué carajo!

Luisa—¡Cómo vamos a dejar perder el gato! ¿No te das cuenta de que le prometiste a tu amigo dejar todo en su debido orden? ¡Lo que es, de aquí no me muevo!... (Y se sienta en el sofá dispuesta a paralizarlo todo).

Carlos—Por el amor de Dios, Luisita... No me hagas esto. ¡Tanto trabajo para nada! Ese gato aparecerá tarde o temprano. En el momento no nos preocupemos por él.

Luisa—¡Ni riesgo! ¡Sin el gato, ya no tengo ganas ni ánimo de nada!

(Carlos, impaciente y molesto; pero demostrando aún su deseo de Luisa, se acercó y le dijo algo al oído).

Luisa (poniendo el grito en el cielo y levantándose automáticamente del sofá). ¿Que me desnude? ¡Estás loco! ¿Y el gato? Mientras no aparezca el gato, es imposible que me desnude. ¡No estaría tranquila!

Carlos—Pero, ¿qué tiene que ver el gato contigo?

Luisa—¡Nada! ¡Nada! Nada tiene que ver; pero no estaría tranquila... (Y vuelve a sentarse, se refugia en la timidez). ¿Por qué no le preguntas, en un momento, a la portera por el gato? Ella tiene que saber algo. A lo mejor se escapó cuando entramos. ¡Estaba tan oscuro!

(Carlos refunfuñando y furioso sale del apartamento. Da un portazo. Todo vuelve al silencio).

Luisa—¡No te demores! (Grita la frase. Permanece indecisa. Intempestivamente se levanta y llama apresuradamente al gato con angustioso recorrido: “Michito, Michito, Michito... Michito...”). Mira en la corneta de la ortofónica como quien cree que el gato se ha refugiado allí, busca en el dormitorio, esculca su propio bolso; levanta —de nuevo— los cojines; mira —otra vez— debajo de la cama; hace un gesto de impaciencia... y regresa al sofá).

(Llaman a la puerta, suavemente. Se escucha la voz de Carlos que la llama por su nombre. Luisa se levanta y abre la puerta del apartamento. Entran Carlos y la portera. Luisa retrocede espantada. Se refugia en un rincón de la sala; pero sin esconderse).

Carlos—¡Es un gato blanco, melenudo, de ojos azules! (Dice, tratando de convencer a la portera).

Buda—(Repite, meditando. Los mira y repite la frase. Mira al público y repite ensimismada la frase. En total lo hace tres veces y con diferentes tonos. Es un monstruo...).

¡Un gato blanco, melenudo, de ojos azules...! (para sí).

¡Un gato blanco, melenudo, de ojos azules...! (Mirándolos a ellos).

¡Un gato blanco, melenudo, de ojos azules...! (Para el público).

Luisa—...Si ...Si. ¡Un gato blanco, melenudo, de ojos azules! (Lo dice sin moverse del rincón).

Buda (imprecisa, vaga, indecisa)—Sí... Sí... ¡Es un gato blanco, melenudo, de ojos azules! Me parece que el señor lo estima mucho. No sé del gato. Me parece... Bueno... ¡Me parece! (Buda se contradice, se muestra impotente y hace un gesto con las manos, a la manera de jarra, sobre su ancha y aplomada cintura). ¡Es un gato blanco, melenudo, de ojos azules! (Y vuelve a repetir como una idiota). Un gato... “michito, michito, michito...”. (Buda se agacha, busca estúpidamente en el suelo, se aleja hacia la puerta, se escucha su voz diciendo “...Michito, Michito, Michito...”, en el supuesto corredor vecino al apartamento, Carlos y Luisa se miran sorprendidos).

Carlos (con gesto de angustia)—¡Esto es imposible! ¡Qué cuentos de gato! ¡Yo me desnudo! (Y se quita rápidamente los pantalones ante Luisa y queda en un ridículo pantaloncillo, que le llega a la media pierna y termina en una especie de encaje).

Luisa—¡No seas loco! ¡Me marchó! ¡Ni que fueras un sátiro! Nunca pensé que fueras tan atrevido. ¿Qué te has figurado? ¡Ni que yo fuera una cualquiera! (Se marcha furiosa, ofendida. Da un portazo final).

Carlos (casi llorando, impotente y ridículo, en el centro de la sala, repite incesante, adolorido por su fracaso, cada vez en un tono más bajo...):

¡Un gato blanco, melonado, de ojos azules!

¡Un gato blanco, melonado, de ojos azules!

¡Un gato blanco, melonado, de ojos azules!

(La luz se apaga lentamente. Se escuchan, a media voz, las últimas palabras de Carlos que, de pie, se muestra derrotado entre sus ridículos pantaloncillos).

Oscuro.

TERCERA ESCENA

(*El reloj de pared, con su big-ben, da las cuatro de la tarde. Segundos después se escuchan risas en el oscuro corredor. Entran Alberto, Olga enfundada en su abrigo de piel y la Portera. Olga ríe de lo que dice ésta.*)

Alberto—No le encuentro ninguna gracia. ¡Pobres! ¡No pudieron arañar! (Enciende la luz de la sala, que no deja de ser escasa. Mira los muebles y los encuentra en el sitio apropiado).

Olga—¿Dices que es una señorita de verdad? ¡Imposible! (Conversa con la portera a la que ocasionalmente se le escucha repetir, con su voz ronca y absurda): “Un gato blanco, melonado, de ojos azules”. ¿Y cómo era ella? ¿Le sabes el nombre? Me interesa, me interesa de manera muy especial. ¡Qué bueno sería saber quién es!

Alberto. (Grita en el dormitorio: Ha encontrado en el reverso de su propio mensaje unas líneas de Carlos, unos garabatos)—¡Mira lo que acabo de encontrar! (Lee en voz alta, con-

teniendo la risa, —miau, miau, miauuu —desde el dormitorio— mientras Olga y Buda escuchan inquietas, interesadas y chismosas).

Perdona, querido Minino... Parece que se nos ha escapado el gato al entrar la oscuridad. Si no lo encuentras, trataré de reponerlo con otro.

Saludo,

Carlos.

(Todos ríen: miau, miau, miauuu).

Olga—¡Pobres! (Muy lentamente...). ¡Se quedaron como “el misingo de la Víctor”!

(Vuelven a reír: miau, miau, miauuu...).

Olga (preguntándole a Alberto) :—¡Pero tú no sabes quién era ella? ¡No la conoces? ¡Cómo se te ocurre prestarle el apartamento a desconocidos! (Y dirigiéndose a Buda, en tono autoritario): Y tú, ¡nunca más dejes volver a entrar extraños! (Y mirando, de nuevo, a Alberto): ¡Esa mujer debe de ser tu gata y no lo dices! (Dice esto último, esperando marcharse, simulando celos, buscando la salida del apartamento, una ventana. De pronto se detiene y señalando a la portera, dice): Buda afirma que es una señorita muy distinguida...

Buda—¡Toda una señorita! ...muy tímida... Una señorita, estoy segura... ¡No tiene arruga! No conoce de pisingos.

Alberto—¡Cálllese! (Exclamó con gesto de furia hacia la portera). ¡A usted no le importa! ¡Usted no entiende de eso! (Buda se retira como una rata aterrorizada, husmeando el piso que ha recorrido a hurtadillas).

Olga—¡Por qué la gritas? Ella no tiene la culpa. Yo era la que preguntaba. (Dice esto en tono ofendido y vuelve a simular que se marcha). La pobre es un ser gris. Tiene el color de su madriguera, la roña.

Alberto—No te enojas. No hay por qué complicar más las cosas. No te la des de gata con botas. Si te quedas, tengo una leche exquisita para ofrecerte. (Saca una botella. Se acerca a

Olga y la retiene con caricias en los brazos y con un beso-mordisco en la nuca, a un lado de los bigotes. Y la tiende en el lecho. Y le desliza la cola por el cuello).

Olga—Tienes la piel sedosa, melenuda. (Trata de borrarlo con manotazos en medio de la penumbra del dormitorio). Me quedo si me averiguas el nombre de la misinga de Carlos... (Le dice en tono melindroso y contemplado, casi como un ronroneo).

Alberto—Sí, claro, te lo averiguo. Te juro que yo no la conozco ni sé quién es. Todo fue de repente, inesperado. Le dejé la nota a Carlos, para quitármelo de encima... ¡No me gustan sus zarpazos!

Olga—¡La portera la conoce! La conoce. (Lo dijo entre maullidos suplicantes, con la actitud de una niña contemplada). Amorcito. ¿Su mercé sietevidas le dará una propina a Buda para que averigüe el nombre de la gata?

Alberto—No te preocupes, Buda averiguará. Le daré una propina. ¡Todas las propinas que quieras! Espera un momento, mientras enciendo la ortofónica. (Con un salto felino se aleja de la cama. Enciende la ortofónica. Busca unas copas y se las pasa a Olga para que sirva la leche. Y se acerca de nuevo a la cama, bebe un poco de leche, con la mirada lame la pata y con las garras recorre la espalda de la mujer, mientras la luz de la escena se va desvaneciendo en medio de la música de Joe Oliver y de los chillidos de la mujer que dejan traslucir un) “¡No me arañes! ¡No me arañes! ¡No me arañes!”.